

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

Un pagano que cree en Cristo

Por Hernán Alejandro Olano García
Director de Humanidades -
Universidad de La Sabana.

El 117 de mayo de 2014 se cumplirán veinte años del fallecimiento de Nicolás Gómez Dávila. ¿Quién era Nicolás Gómez Dávila? Sus frases "son los toques cromáticos de una composición pointilliste" (Gómez Dávila, 2002: p. 25), lo cual nos lleva a ver qué son sus frases, ¿por qué se llaman "Escolios"?, un escolio, viene del latín scholium y del griego scholion, "comentario", de ahí que "el libro más subversivo en nuestro tiempo sería una recopilación de viejos proverbios" (Gómez Dávila, 2002: p. 82); en el epílogo a su obra, el comentarista italiano agregaría que ese "comentario", "indica una nota en los manuscritos antiguos y en los incunables, anotada por el "escolasta", en interlineo o al margen del texto para explicar los pasajes oscuros desde el punto de vista gramatical, estilístico o a veces exegético" (Volpi, 2002: p. 485) y, su más profundo comentarista colombiano (Pizano de Brigard, 1988: p. 12), dice que un escolio es una "frase corta, rápida, económica, cargada de alusiones, preferiblemente al ensayo o a cualquier otra forma de discurso continuo o exposición sistemática", y, otro comentarista (Téllez, 1988: p. 21), expresa que "el aforismo de Gómez Dávila es una especie de precipitado final en que se resuelve, se expresa y sintetiza un largo proceso de meditación, y en que se cristaliza y codifica una vasta corriente de experiencia y de sabiduría".

Un escoliador o escoliasta que se dedica a escoliar, a interlinear, a emitir "gotas puras de lucidez", a "arrojor piedrecillas al alma del lector" (Volpi, El Solitario de Dios, 2005: p. 26 y 80).

Gracias a la reedición de sus textos, los engendros de Gómez Dávila se recogieron

en varios elementos: Notas (México, 1954); Textos (Editorial Voluntad, 1959); Escolios a un texto implícito (Culcatura, 1977); Nuevos Escolios a un texto implícito (Procultura, 1986) y, Sucesos Escolios a un texto implícito (Instituto Lingüístico Caro y Cuervo, 1992), que se recogen en la selección efectuada por la hija mayor del autor, Rosa Emilia Nieto Ramos de Restrepo, lo cual permite para los expertos filósofos "evocar la selección de apuntes que publicara la hermana de Nietzsche bajo el título "La voluntad de poder" (Quevedo, 2002).

Gómez Dávila nunca se pronunció acerca de si el denominado texto implícito eran los clásicos, lo cual ha creado especulaciones en diversos círculos: que era sobre la Biblia, que era sobre las obras de Homero, etc. Aunque según su más reciente estudio (Volpi, El Solitario de Dios, 2005: p. 33), el texto implícito sería tan sólo "la obra ideal, perfecta, tan sólo imaginada, en la que se prolongan y se cumplen las proposiciones de don Nicolás. El autor, por tanto, espolea al lector a fin de que active su imaginación. Sin este esfuerzo, los escolios no hablan. Quedan convertidos en disparates, incomprensibles y herméticos." Y es que según Volpi, la convicción metafísica de Gómez Dávila es que como se lee en "Notas", "la totalidad del universo existe tanto en el universo entero como en cada uno de sus aparentes fragmentos."

Su biografía se podría resumir en que "nacido, escribió, murió" (Volpi, El Solitario de Dios, 2005: p. 19). En algunos textos dicen que nació en Cajicá, Cundinamarca, pero no puede encontrarse en la sistematizada información de esa parroquia el bautizo de Gómez Dávila, por lo tanto, lo dejamos como vecino de Bogotá desde el 18 del mes de mayo del año de 1913, hijo de una

familia aristocrática, integrada por don Nicolás Gómez Saiz, nacido en 1865 y su segunda esposa, con quien contrajo nupcias el 25 de abril de 1904, doña Rosa Dávila Ordoñez. Fueron sus hermanos Isabel y Hernando Gómez. Tanco e Ignacio y Teresa Gómez Dávila.

Don Nicolás se casó a los veintitrés años con doña Emilia Nieto Ramos y según las Genealogías de Santa Fe de Bogotá (Restrepo Sáenz, 1993: p. 456), fueron sus hijos:

1. Doña Rosa Emilia Gómez Nieto, nacida en octubre de 1938, esposa de don Luis Restrepo Umaña, hijo de don Luis Restrepo Uribe y de doña Emilia Umaña Gutiérrez. Con sucesión en:
- A. Emilia Restrepo Gómez. No poseo más datos.
2. Don Nicolás Gómez Nieto, nacido en 1941, casado con doña Gladys Pombo Kopp KOPP, hija de don Ernesto Pombo Pombo y de doña Elsa Kopp Dávila. Padres de:
- A. Don Nicolás Gómez Pombo.
- B. Don Ernesto Gómez Pombo.
3. Don Juan Manuel Gómez Nieto, casado con doña Silvia Reyes Uribe, hija de doña Mercedes Uribe Lasso. Padres de:
- A. Don Juan Manuel Gómez Reyes.
- B. Don Andrés Gómez Reyes.

Gómez Dávila viajó a los seis años con la familia a París. Allí fue educado por sacerdotes benedictinos, y debido a una neumonía grave, por profesores particulares con quienes aprendió griego y latín (más tarde inglés, alemán, italiano y hasta danés), así como a los grandes clásicos. Sus veranos los pasaba en Inglaterra, por ser el de ese país un clima más benéfico para sus averiados pulmones. En 1936 regresó a Bogotá.

Aparte de saber que se confesaba católico y otras



veces "un pagano que cree en Cristo" (Kaltenbrunner, 1988: p. 31) y que tuvo un importante almacén de telas, tapizados y cortinas con dos sucursales en Bogotá y una Hacienda que su padre compró a finales del siglo XIX, la Hacienda "Canaños Gómez" en Soacha, Cundinamarca, muy poco se sabe de don Nicolás, aunque "Nada más vano, ni más delicioso, que hablar de sí mismo" (Volpi, El Solitario de Dios, 2005: p. 73). Fue miembro de la Junta Directiva del Banco de Bogotá y socio del Jockey Club. Iba al centro de Bogotá en un Renault-4, al cual le tenía coher "de libra y corbatín", como lo decía don Rafael Pombo y llegó Gómez Dávila a expresar que sus santos patronos eran Montaigne y Burkhardt, los maestros del escepticismo y de la historia. Su libro preferido era la Historia de las guerras del Peloponeso y, a finales de los años 40 del siglo XX, al parecer en 1949, viajó con su esposa al antiguo continente recorriendo durante seis meses varios países en automóvil y luego expresó: "Viajar por Europa es visitar una casa para los que criados nos muestran las salas vacías donde hubo fiestas maravillosas" (Notas, 184).

Fue también Gómez Dávila "puerta y generoso guía en el camino que recorre ese universo; para sus lectores será tal vez la última oportunidad de conocer entre nosotros cómo es un hombre eminentemente civilizado, un espíritu profundamente hecho

nutrido por la plenitud de la riqueza espiritual contenida en el universo occidental" (Pizano de Brigard, 1988: p. 11).

En 1948 ayudó a Mario Laserna Pinzón en la fundación de la Universidad de los Andes. Desde entonces, éste "aristócrata de la inteligencia", se enclaustró en una señorial casa de la calle 77 con carrera 11 en el Barrio El Nogal, en la cual reunió en su ático más de treinta mil libros, una "caverna platónica", donde "todos los libros y en todas las lenguas posibles, desde los incunables flamencos, pasando por las ediciones principes, hasta los volúmenes de lujo ilustrados por los más grandes maestros, desde los clásicos griegos y latinos hasta los padres de la Iglesia y las eruditas ediciones alemanas, desde la más completa bibliografía filosófica y patristica hasta los poemas que han hecho de la existencia humana una ineluctable razón de vida, en fin un compendio de sabiduría." (Zalamea, 2001: p. 103).

En esa monumental y legendaria biblioteca, sólo se escuchaba "el ruido tenue del lápiz, resbalando sobre la hoja intacta" (Volpi, El Solitario de Dios, 2005: p. 32) y allí practicaba la "Biblioterapia", convirtiéndose en bibliómano, bibliófilo, bibliólogo y bibliotecario, cuatro términos que permiten hacer alusión a esta Nota suya: "Un libro inteligente nos hace sentir inteligentes, como una música militar heroica."

Allí se encontraban



situaciones y eventos y como dijo de él un filósofo progresista español contemporáneo (Savater, 2007): "En la mayoría de las ocasiones, los aforismos del pensador colombiano son demoliendo certeros y tan válidos desde sus propios presupuestos como puedan serlo desde los de quienes comparten los suyos, tan opuestos" y, luego agrega: "De ahí lo contradictorio y casi agónico de mi pasión por Gómez Dávila: no comparto ninguno de sus axiomas, pero sí la mayoría de lo que deduce de ellos. Sobre todo cuando niega y rechaza, aunque mucho menos cuando afirma. Lo cual no le resta interés, porque, como el mismo escribía, "muchas doctrinas valen menos por los aciertos que contienen que por los errores que rechazan". Insisto en este punto, ya que no admiro sus

Escolios simplemente por su espléndido tino expresivo, duro como la roca y trémulo como la rama según su propia ineludible descripción, ni tampoco por su evidente ingenio y su tonificante humor sino ante todo porque da la casualidad lo mismo que advirtió Borges sobre las aparentes boutades de Oscar Wilde: de que suele decir verdades, sobre todo cuando critica. Y para mí, que no soy posmoderno y mucho que lo lamento, la verdad es más importante que el estilo, que el ingenio y al menos tan importante como el mismísimo humor."

Y, otro colombiano (Zalamea, 1988: p. 7), expresó sobre la "revelación purificadora" de esta obra, que "la maestría de estilo -cada día más depurado a través de medio siglo de tenaz elaboración-, la nobleza de espíritu

de quien lo maneja, la claridad del concepto, la decantación del conocimiento, la sutileza de su sensibilidad, la acm de las notas, textos y escolios de Nicolás Gómez Dávila, una obra luminosa, antorcha entre oscuridades ancestrales, obra en la que es posible aprender y aprender, obra de cuya lectura se sale enriquecido y agradecido."

Antes de conocer la existencia de un artículo de Gómez Dávila sobre el tema del Derecho (Gómez Dávila, De Lure, 1988), texto escrito hacia 1970, que permaneció inédito hasta 1988, cuando el autor accedió a que se publicara por la Revista Institucional del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y en el que el escoliasta manifiesta que no hay ningún problema más auténtico, que el que surge de tres nociones jurídicas: del Derecho, de la Justicia y del Estado, ni hay necesidad más perentoria, ni a la vez más hostigante para definirlos, y no obstante cada una de ellas crear su propia teoría: teoría del derecho, teoría de la justicia y teoría del Estado, todas son sólo una: La teoría jurídica.

Dicho texto, arranca por decir que no es fácil saber de qué se habla cuando se menciona el Derecho, la Justicia y el Estado, ya que nos confundimos "la doble naturaleza del derecho, la equívoca función de la justicia y la juridicidad ambigua del estado", aunque el dicho "embrullo intelectual", no se deriva de "un estado de ignorancia fácilmente remediable, sino de la dificultad radical tanto de rebatir como de vindicar la existencia de un derecho natural, frente al derecho positivo."

El carácter jurídico del Derecho, de la Justicia y del Estado, entonces encuentra un puesto de preeminencia, ya que "la noción jurídica no es simple ensambladura de hechos sociológicos, éticos y políticos, sino caso autónomo. Lo jurídico no es artefacto del espíritu para ordenar, de una manera inteligible, una multiplicidad empírica. Lo jurídico no es concepto. Lo jurídico es, según la postura radical que se adopta, categoría o estructura. Indiferentemente. Por lo que existe una estructura jurídica (una categoría), derecho (justicia y Estado), pueden revertirse aspectos sociológicos, plantear

problemas éticos, e irrumpir en la historia" (Gómez Dávila, De Lure, 1988: p. 71).

Precisamente sobre esos elementos, Gómez Dávila asegura que por definición, un sistema jurídico es una estructura de reglas invariables y por tanto, "Derecho es la regla de conducta que nace del convenio. Justicia es la observancia de la regla de derecho. Estado es la regla de derecho que asegura la observancia. Derecho, justicia y Estado, jurídicamente no son nada más" (Gómez Dávila, De Lure, 1988: p. 74). Esas definiciones sin embargo, parece que no fueran necesarias, ya que supuestamente son conocidas por todos, ya que "nadie vive en estado de virginidad lingüística o de inocencia jurídica" (Gómez Dávila, De Lure, 1988: p. 84).

Se le definió como "Un ángel cautivo en el tiempo"; "un colombiano universal"; "el reaccionario auténtico"; "un reaccionario in-conformista"; "el Epicuro de la inteligencia"; "el más original solitario del siglo XX"; "un aforista corpus único"; "un lustre desconocido" (Oviedo, 1991); "un antimodernista"; "un campesino medieval indignado"; "un pagano que cree en Cristo"; "un apasionado anarcristiano"; "el solitario de Bogotá"; "el buen odioso"; "escritor magistral y radical"; "el criptoaristócrata colombiano"; "escritor venido de la nada"; "un pensador incansable"; el pastor de libélulas" (Castañón, 1988); "un pensador aristocrático en los andes"; "cazador de sombras sagradas sobre las colinas eternas"; "ajeno a toda moda"; "el más erudito y a la vez el más sencillo y humano de los seres"; "confesor de lo necesario"; "el solitario de Dios"; "exotérico, incómodo, irregular, inclassificable e inconfundible"; "el Nietzsche colombiano"; "un indiferente sin cinismo y un apasionado sin entusiasmo" y "enemigo insobornable de toda revolución"; pero para quienes aún recuerdan a este cachaco por antonomasia, que residió diecisiete de sus 81 años en París y para quienes ahora se adentran en el estudio de sus obras, "un pensador del tablero universal de Gómez Dávila sólo se produce, sin importar cuál sea el sistema educativo, por intervención de la Divina Providencia." (Laserna Pinzón, 2002: p. 14).

